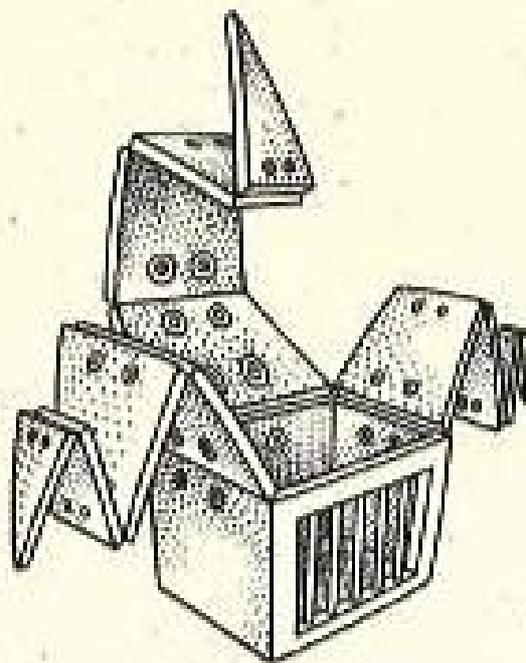


Lorenzo García Vega

# *Vilis*

*Ilustrado con dibujos*  
de Ramón Alejandro



COLECCIÓN BARALANUBE

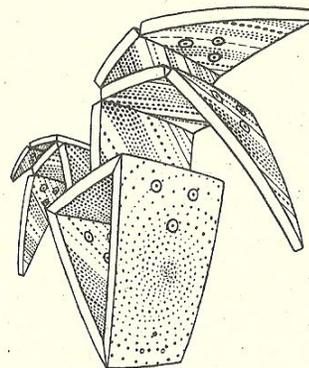
---

Éditions Deleatur

Lorenzo García Vega

# *Vilis*

Ilustrado con dibujos  
*de Ramón Alejandro*



COLECCIÓN BARALANUBE

---

Éditions Deleatur

1998

En el Cabaret Las Rosas, de esa calle venida a menos de Vilis, y llamada Rivadavia. Ahí, como parroquiano, está un sujeto frustrante y anodino, llamado Carlos Santana.

Pero Carlos Santana tiene la peculiaridad de ser, al igual que un personaje de Juan Larrea, quien sabe oír por Morse en el corazón del otro.

Ahora Santana, en el Cabaret Las Rosas, está oyendo por Morse lo que el corazón del Coronel Manrique le dicta.

El Coronel Manrique le dictará los siguientes puntos:

Punto uno – El, que sin duda está confrontando un difícil problema sexual, estuvo en el Castillo, con Lolita;

Punto dos – Se va para un bar, donde se encuentra con un sujeto a quien le cuenta lo que le pasa;

Punto tres – El sujeto del bar lo pone en contacto con un sujeto muy de pueblo: un negro que lo conduce a un extraño lugar;

Punto cuatro – En ese extraño lugar, después de abrirse la puerta de la calle, hay que abrir la puerta de la bóveda de un banco;

Punto cinco – Una vez abierta la bóveda del banco, el negro pone en contacto al Coronel con una psiquiatra costarricense que, por no tener licencia, tiene que ejercer su profesión clandestinamente;

Punto seis – Coronel y psiquiatra, en busca del Consultorio, se ven obligados a atravesar lugares demasiado sórdidos;

Punto siete – Para que los demás no piensen que la Psiquiatra no tiene licencia, ella y el Coronel fingen que se están dando un mate;

Punto ocho – No hay duda de que la Psiquiatra, quien está vestida de negro, es una mujer hermosa;

Punto nueve – Hasta que, por fin, llegan al Consultorio;

Punto diez – Una vez en el Consultorio, un médico le echa, al Coronel, unas gotas en los ojos;

Punto once – Arden las gotas, por lo que el Coronel lagrimea;

Punto doce – Hasta que, llegado a este punto doce, el Coronel Manrique llega a tener absoluta confianza en el análisis, como medio de resolver todos sus problemas.

En las afueras de Vilis está el Castillo. El Castillo también es conocido como *La Casa de Marina*, y ahí se celebran las Jornadas.

Este es el Castillo donde, según dijo el Coronel Manrique, él estuvo con Lolita.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS – *Sobre todo, en lo que se refiere a la marquetería, no debo olvidar estas palabras de Alain Corbin: «...los mercados, marquetería olfativa construida en lo profundo del corazón del París nauseabundo». Es decir, actualmente yo quisiera una marquetería..., construir unas cajitas donde lo olfativo predominara. Quizá lo que yo quiero es una marquetería olfativa, o sea, algo así como una cajita hecha con los datos aportados por los olores de los mercados. Una cajita con los olores: por ejemplo, una cajita con el olor del pasillo recién cepillado de un Food Value. Para esto, para llevar a cabo esta tarea, antes que nada tendría que traducir, a lo plástico, el olor de ese pasillo. Una vez que consiguiera la traducción (o sea, una vez que lograra convertir al olor en textura) tendría que reducir (disminuir) lo odorífero a una dimensión plástica. Y entonces sí, entonces sí. Entonces justificaría mi vida (¿pues para qué vivo, y para qué vivo en Vilis, sino*

*es para hacer cajitas) al lograr ese material de marquetería olfativa, apta para construir cajitas.*

*(Importante – No olvidar además que, a esta marquetería de cajita olfativa, se le puede añadir algún otro dato, procedente de otro sentido. Se le puede añadir, por ejemplo, el fragmento sonoro de una música de jazz, música indirecta, que como telón de fondo se puede oír en el susodicho pasillo del Food Value. Sería esto, también, un problema de reducir a dimensión de cajita. Pero ¿cómo se reduce a cajita un fragmento de jazz? Hasta ahora no he encontrado el camino de esta reducción, pero tiene que existir ese camino. No me cabe duda, tiene que existir.*

*¡La desodorización de los Super Mercados norteamericanos! Eso, desodorizado, tiene olor a caramelo aséptico. Eso tiene que tener un cuento, una historia. Caramelo aséptico entregando un extraño relato. Eso es. Parece que no puede ser, pero lo es. ¡Lo es! Es un relato que no relata nada, pero por eso mismo resulta que relata algo. Y esto, el caramelo aséptico producido por la desodorización del Super Mercado, es lo que debe tener en cuenta el Constructor de Cajitas. Sólo el Constructor de Cajitas, después de traducir lo desodorizado, después de reducir lo desodorizado, podría narrar el caramelo aséptico. Estoy convencido de eso, sólo el Constructor de Cajitas, convirtiendo lo desodorizado en materia prima, podría narrar ese relato que no relata, ese relato de caramelo aséptico. Hay que apurarse, me queda poco tiempo.*

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS – *No me importa lo que los otros plásticos, o sea lo que los pintores y escultores piensan de mí. Ya sé que ellos no pueden entender mi propósito de lograr una marquetería olfativa. Ellos no entienden nada, y como no entienden nada, están diciendo que mis estudios sobre la desodorización, y sobre los caramelos asépticos, son puro disparate. ¡Al diablo con ellos! Aunque se me crea un loco, yo soy el único artista importante de mi generación. Por lo pronto, para la construcción de mis cajitas estoy haciendo lo único que a estos tarados pintores y escultores nunca se les ocurriría hacer, o sea, estudiar los olores. Hay el olor (aunque esto resulte casi inconfesable) de una*

mierda que podría calificarse como proustiana. Hay el olor de lo que no tiene olor pero que, en su desodorización, machaca como si fuera el tintineo obsesivo de una música minimalista. Hay como el olor restregado (olor como con un color sucio) que emana de los gestos (¡sí, óiganlo bien, de los gestos!) de una pareja que conozco. Hay el olor, sin olor, de una vida que casi no es vida. Y, por último, están esos olores, procedentes de una difícil vena plástica, y que son, por ejemplo, ese olor, como con rincón, de una luneta de cine de barrio en un mediodía de la década del 40 (y, precisamente, sobre este rincón de luneta estoy trabajando actualmente), o el olor de la luz de neón (¡sí, pintores, de la luz neón!) sobre la piscina sin agua de un Motel de color cotorra. Así que con eso ando, y aunque los pintores y los escultores no sepan cómo trabajar con los olores, para mí, eso también es lo plástico.

Se encuentra, en el Museo de Arte Moderno de Vilis, una foto de Talitó, el difunto perro del pintor Mijares.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — ¿Los fantasmas carecen de olor? Y si es así ¿cómo, plásticamente, plantear la falta de olor de los fantasmas? El otro día le pregunté esto a un pintor, pero el muy hijo de puta me contestó que él nunca había pensado en eso.

Sigo trabajando con los olores. Sigo tratando de convertirlos en materiales plásticos que sirvan, después, para meterlos dentro de las cajitas. Olores que se entrelazaban. En un mediodía de pueblo de campo. Estaba el olor de la oficina de correos, el olor del tren que partiría a las tres, el olor del agua con lejía, y el olor de una vieja que se bañaba a esa hora, a las tres. Pues había el olor de ciertos cuerpos de viejos. Pues, sobre todo, los olores se entrelazaban, como para hacer la historia del pueblo de campo. Tendré que considerar cómo, dentro de la cajita, se pueda hacer lo semejante a un relato que contuviera varios olores. Tendré que tener mucho cuidado, pues la tarea es muy difícil. Tendré que pasar de un olor a otro, como se pasa por los escalones de un cuento, pero esto, traducido a lo plástico, no hay que decir lo difícil que me

resulta. Olores como trampas para cazar ratones. Olores para cazar imágenes—recuerdos. Olores vetustos. Olores de Liceos vetustos en polvosos pueblos de campo. Olores como periódicos viejos sostenidos por manos viejas. Olores de lo que se quedó guardado. Pero, ¡ay!, esto es, nada menos, que convertir todo mi pasado en piezas pequeñas que se puedan meter dentro de una cajita. Y, ¡ay!, que más difícil resulta, tratándose como se trata de una cosa como los olores. Esto es como trabajar con un material que nos pudiera hacer daño.

Sin ti...

no podré vivir jamás  
y pensar que nunca más  
estarás junto a mí.

Sin ti...

¿qué me puede ya importar  
si lo que me hace llorar  
está lejos de aquí?

Sin ti...

no hay clemencia en mi dolor  
la esperanza de mi amor  
te la llevas por fin.

Sin ti...

es inútil vivir  
como inútil será  
el quererte olvidar

Entra, en la Funeraria Caballero de Vilis, Ernesto López, vestido con una guayabera negra. Tendida en el féretro está su prima Awinda López, la dentista de setenta y cuatro años, muerta a consecuencia de la diabetes.

Detrás del féretro de Awinda está la bandera cubana, con un arreglo floral regalo póstumo del Municipio de Alacranes en el exilio de Vilis, pues Awinda, durante la República, fue la

dentista de la Casa de Socorros de ese Municipio de la Provincia de Matanzas.

Ernesto López, ya frente al cadáver de su prima, se dice que ésta parece un maniquí de cera; le reza un Padrenuestro, y se acuerda del Paseo del Prado, en La Habana.

También Ernesto López siente, por su cuerpo, el sabor del plomo derretido.

Pero lo peor no fue esto, sino el hecho de que cuando Ernesto López, obsesivamente detuvo su mirada en los labios de cera de su prima, soñó que ésta le decía: «Había un dentista travestí. Un dentista que no hacía operaciones en la boca; sino que llevaba a cabo transformaciones en un lugar del cuerpo. ¿La pierna sería este lugar?».

Ernesto López, como no supo qué hacer con esas palabras de su prima difunta, lo único que se le ocurrió fue echarse a llorar.

Por eso Jairo Monifanio, un viejo ex-concejal del Municipio de Alacranes, al ver llorando a Ernesto López dijo: «No hay duda, la familia es siempre la familia».

Esa feminista malaya se está quejando amargamente de la manera en que se discrimina a la mujer. Su esposo, un miembro de la Asociación Defensa de los Derechos Humanos, dice ser partidario del feminismo, pero al oírsele decir, la malaya empieza a gritar desafortunadamente. Pareciera que se iba a volver loca.

Hay unos versos de la poetisa catalana Quima Jaume. Estos versos dicen:

«son fantasmas que amo  
con pesadumbre y miedo».

En Vilis hay transgresiones. A veces, por las noches, la gente siente, cenestésicamente, algo así como un petardo de seda.

*Después, un bache enorme se incrustaba en el centro de la ciudad.* Pues bien eso, eso que está en Gilgamesh, en el cuento babilónico del segundo milenio a.C., también ocurre en Vilis.

¿Se acuerdan de lo que hemos dicho aquí, sobre un libro que se exhibe en la vidriera de la librería *El Gato de Papel*? Es un libro con unas GG, y unas SS, que no se sabe para qué son. Pues bien, sobre las GG se sigue sin saber nada, pero sobre las SS ya sí se sabe. Se sabe, ya, que tienen que ver con la defecación. ¿Que cómo se averiguó esto? Pues bien, la clave la dio este Aforismo de Lichtenberg que dice así: *En la edición schreveliana de Cicerón (Basilea, 1687), la ornamentación de la letra S, con la que empieza el primer libro del De inventione rhetorica, representa un genio que está haciendo sus necesidades.* Es que, si hay algo que es efectivo en Vilis, ese algo lo es la erudición.

Ernesto, el actualmente bag boy del Publix, y anteriormente traductor de la ONU, se ha leído el *Sueño de los héroes* de Bioy Casares. Anoche, precisamente, se lo acabó de leer.

Ernesto, después de terminar el libro, se acostó y soñó lo siguiente: Él, Ernesto; va convirtiendo en mercancías lo que ha leído en Bioy. Una vez hecho esto, él mete las mercancías-Bioy en bolsitas plásticas, y las coloca en el carrito.

De este sueño despertó Ernesto a las 8 de la mañana. Y a las 11 se fue para el Publix, a conducir el carrito.

En la Biblioteca Nacional de Vilis el Constructor de Cajitas tiene un cubículo. Allí él anota, en su libreta. Anota que hay una mujer convertida en hombre. Anota sobre una casa-cueva que pertenece a un Director. Anota sobre algo confuso, que tiene relación con los conflictos de un dependiente afectivo.

Es decir, todo lo que anota el Constructor de Cajitas es lo que él considera ser *piezas*.

Son las posibles *piezas* para sus posibles cajitas.

El estudia, separadamente, esas *piezas*.

Mujer-Hombre, Director, dependencia afectiva. El Constructor de Cajitas trata de simplificar todos esos componentes, para así llevarlos hasta su hueso último. Eso es bueno que se haga. A Vilis le conviene su poquito de rigor crítico. No todo va a ser delirio.

También, en su cubículo, el Constructor de Cajitas subraya este párrafo de Scott Fitzgerald: «En una pieza habitada hay mil superficies, susceptibles de devolver una imagen, que pasan generalmente inadvertidas: la madera barnizada, los metales más o menos pulidos, la plata, el marfil, y junto a éstos, centenares de transmisores de la luz y de las sombras tan tenues que casi nunca se repara en ellos, tales como la parte superior de los marcos de los cuadros, los ángulos de lápices o ceniceros, de los objetos de cristal o loza. El conjunto de toda aquella refracción, dirigida a unos reflejos exactamente complementarios en la visión del sujeto, se relaciona asimismo con los fragmentos de asociación del subconsciente de los que parece depender nuestro conocimiento, del mismo modo que un artesano del cristal guarda las piezas contrahechas por si pudieran serle de utilidad algún día.»

Después de subrayar este párrafo, el Constructor de Cajitas anotó en su libretica: *Aquí está el detalle, como diría Cantinflas. Me he pasado la vida guardando las piezas contrahechas, para después trabajar con ellas. Pero esto no lo entiende nadie. Hay que ver lo brutos que pueden resultar ser los artistas y escritores.*

En Vilis, el sanatorio La Inmaculada Concepción cuenta con un *Anexo*: se trata de un *Home* para borderlines y para locos inofensivos. En ese *Home* tiene una habitación el Constructor de Cajitas, pero, por suerte, nadie se mete con él.

En su infancia, en los mediodías de la cocina de su abuela, él se convertía en actor y hacía hasta de bruja. Ahora, en los sueños que tiene en Vilis, él vuelve a convertirse en actor, es golpeado por otro actor, ve los *simulacros* de que hablaba el filósofo Lucrecio, y hasta vuelve a entrar en la cocina, con mediodía, de su abuela. Esto lo cuenta el Antropólogo Giuseppe, quien cree que transmigra durante el sueño.

*Se supone que, de hecho, el alma de un durmiente se aleja errante de su cuerpo y visita los lugares, ve las personas y verifica los actos que él está soñando.* Frazer, *La Rama dorada*.

Lo principal, en el Super Mercado, es una luz, anaranjada o amarilla, que a veces aparece sobre el mostrador. Sobre esto ha hablado el Constructor de Cajitas.

*El retrete lleva cerrado por lo menos tres horas...Creo que lo están usando de quirófano.*

Esto lo ha dicho William Burroughs, en *El almuerzo desnudo*.

Pero habrá que esperar que en Vilis se abra el tercer ojo. No el tercer ojo de los académicos Zen, por supuesto, sino el tercer ojo excrementicio.

Esa noche, Artemio López agotó al psiquiatra, hablándole de la madre de Domingo Faustino Sarmiento. «Las madres no mueren», terminó diciendo Artemio.

Otra labor, inaplazable según el Antropólogo Giuseppe, consistirá en ir creando, ladrillo a ladrillo, un Modelo ideal de sueño.

Un Modelo ideal, a la manera de esas hipótesis que se proponen los científicos cuando van a estudiar los hechos.

Dice Giuseppe que cuando se tenga el Modelo, la cosa consistirá en hacer que los hechos del sueño se amolden a él.

En un banco de un parque, uno le dice al otro : – No supe... No hice... Lo que no supe hacer resultó un argumento aprovechable pero que se me olvidó, cuando lo fui a utilizar.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS – *Hay, sí, tareas imposibles. Por ejemplo, la de convertir, súbitamente, el verde de un cañaveral en el muro blanco de una casa del batey del Ingenio. Y lo imposible de esto no consistiría sólo en esa gigantesca tarea de llegar a convertir el verde de un cañaveral en lo blanco de un muro, sino que lo imposible consistiría en poder reducir y meter en una cajita a esa gigantesca transformación, dado el caso de que ella se lograra.*

*Un objeto que quisiera meter dentro de una cajita sería la reducción, a tamaño minúsculo, del ataúd de Sarah Bernhardt.*

La ha visto desde su ventana. Ella está mirando a quien él no ve. Tampoco logra ver, él, a la mujer que ahora la está abrazando a ella.

Cuando el psiquiatra le pidió a Artemio que le dijera lo último que le había pasado, éste le contestó lo siguiente: – Estamos en casa de Abuela. Mamá se está muriendo, pero se niega a tratarme. Sobre su cama hay dos ceniceros, con cigarros apagados.

Ya en sus últimas, el paralítico Valdemar acaba de ingresar en la Inmaculada Concepción. El dice que vivía en el seno de una extraña familia puertorriqueña, pero que no sabía qué era lo que hacía allí.

Todo lo ha olvidado.

Añade Valdemar que algunas mujeres de su supuesta familia, tenían un color blanco, espectral, «como de enterradas vivas».

También el paralítico muestra una de sus escasas pertenencias: es una fotografía de comienzos de siglo, con petrificados cocales.

Había unos tranvías, cuando Baldomero salió a la calle. Poco después, como en el caso de la sonrisa del gato sin gato, no había tranvías, pero quedaba la atmósfera de los tranvías. Era el Día de los Enamorados. A unos pasos más allá, vio a su esposa, Lisete, hablando con su amiga Ramira. Lisete tiene setenta años, pero Baldomero oyó cuando le decía a Ramira: – Quisiera tener un hijo.

Entonces Baldomero, quien también tiene setenta años, pensó que si Lisete tiene un hijo pudiera redondearse demasiado.

Le dice a uno que es más viejo que él: – Dependemos de nada, estamos en un hilo. Luego le vuelve a decir: – Esto es algo así como no tomar medicinas.

Dorothy Lamour, la música de las palmas de los mares del Sur. Esto, como anunció el filósofo Lucrecio, bien puede ser un *simulacro*. En una epístola a un surrealista francés, Carlos Eme ha tratado de ejemplificar los simulacros lucrecianos. «Fue por la noche –escribió Carlos Eme –, yo estaba oyendo una música minimalista, pero la música fue interceptada por el simulacro de Dorothy Lamour, con las palmeras de los mares del Sur. Pero entonces tocaron a la puerta. Yo estaba en calzoncillos, pero así como estaba abrí la puerta. Se trataba de varios caballeros, elegantemente vestidos de dril cien. Ellos me invitaron a participar en un solemne desfile patriótico. Te digo que entre esos caballeros estaba un ex-diplomático y, nieto, además, del Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba. Pero les dije que no. Les dije que no asistiría a ese desfile. Ellos de dril, mientras uno en calzoncillos. Aunque querido, lo que más me aterró, y me sigue aterrando, fue la presencia, entre todos aquellos caballeros, de un verdadero *simulacro*, o sea, de mi tío Vicente, aquél que, como dijo el poeta Eliseo Diego hace ya muchos años, era *el tío de los ojos bondadosos*. Pero, después que te he confesado

esto, me he puesto muy nervioso. Ya no sé lo que te voy a decir. Vicente, mi tío el *simulacro*, hace ya muchos años que murió. Debajo de los velos de distintos colores estaban los senadores y las matronas, o sea, el gran público romano. Lucrecio decía que los *simulacros* corrían por todas partes. Pero ahora, ¿por qué a mí, precisamente, me llega en Vilis el *simulacro* del tío Vicente? Créanme los surrealistas de París, esto es más de lo que puedo encarar. Así que me despido, pero no sin que antes te encomiende un recado para el pintor Jorge Camacho y su buena esposa Margarita. Quiero que les digas que necesito una copia de su reciente trabajo sobre la magnesia vegetal. En mi reciente visita a la Isla encontré a un brillante Espagirista, muy interesado en ese trabajo, y quisiera enviarle la copia. Te envío un abrazo entrañable»

En Vilis se sabe que hay, en China, un adolescente que está comiendo papitas fritas. El adolescente saca las papitas de una bolsa plástica.

Después de defecar, a Reinaldo Mirabal no le queda más remedio que limpiarse con cuadrados plásticos, muy rugosos por cierto. El inodoro está en el sótano de la casa del poeta surrealista Brígido Santana. Ahí, en la casa, está Santa, la madre del poeta, quien murió cuando el poeta Brígido era joven. El inodoro no tiene paredes, por lo que Reinaldo Mirabal teme ser sorprendido por unas mujeres que andan por el sótano. No hay duda de que el cuarto de baño del poeta es un lugar espantoso.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — «*El Alcázar de Cupido*», dijo ese gran constructor de cajitas que fue Petrarca. Sí, Petrarca fue eso, como también fue un gran elaborador de piezas más grandes, piezas que alguien después podría someter a un buen desmontaje arqueológico. Pero no se puede olvidar que el constructor de cajitas, Petrarca, pudo

*levantar cosas tales como el alcázar a Cupido porque, antes que nada, fue un arqueólogo. Un arqueólogo, «el primer arqueólogo apasionado», según Spengler, y por eso pudo ser un inventor de cajitas. ¿Pues quién, si no es un apasionado de las ruinas, puede llegar a ser un constructor de cajitas? Pero ¿por qué estoy hablando de esto? Estoy hablando de esto, por el acercamiento que en estos días estoy teniendo con los textos que se pueden desmontar. ¿Qué quiero decir? Quiero decir sobre los textos llenos de alusiones, llenos de cargas culturales, llenos de citas que hay que descifrar. Textos, en fin, que se puedan convertir en como objetos del desmontaje, en como cajitas susceptibles de ser descompuestas en sus componentes. O textos, en fin, que se puedan leer como si fueran en sí algo objetivo, algo objetivo al que se le pueda desmontar las piezas, o algo objetivo como si fuera una cajita que nos permitiera manosear sus pequeños adminículos. Y aquí, tengo como ejemplo de lo que estoy diciendo, un soneto de Petrarca. Este, como un objeto del desmontaje, como una cajita, o como un pequeño árbol de Navidad al cual le pudiéramos ir quitando las bolas, una por una. He aquí el soneto:*

En viendo mi alma el sol claro y sereno  
desa luz que la mía turbia y baña,  
al pobre corazón desacompaña  
por verse junto al bien suyo terreno.  
Más viéndole de dulce amargo lleno  
ve ser cuanto hay n'el mundo obra de araña,  
ansí de Amor se quexa y de su maña  
y de su ardiente espuela y dulce freno.  
A ratos desta suerte es encendida,  
a ratos más qu'el mismo hielo helada:  
ni sabréis si es fortuna o si es bonanza.  
Mas la bonanza al cabo desgarrada:  
el alma es de la empresa arrepentida:  
de tal árbol tal fruto se le alcanza.

*Pero, en realidad, ¿este texto de Petrarca podrá ser desmontado, bola por bola, como si fuera un pequeño árbol de Navidad? ¡Ay!, ahora empiezo a dudar de que esto pueda ser así. Y esto es terrible, es terrible esta duda. Pues es como si mi sueño de poder construir cajitas, o mi sueño de elaborar montajes, al instante se me disolviera, para sólo dejarme con la humillante impresión de que sólo estoy con un monólogo autista.*

Siesta con joven, noble dama. La noble dama viste como una francesa del siglo XVIII. Ella está sentada. Hay penumbras. Parece un retrato.

Un ciudadano de Vilis quisiera vivir en Caracas. Y como en Vilis es fácil soñar, él sueña que está en Caracas, en unas calles que se están ampliando, pero que la gente no quiere que se amplíen. Doblando una esquina, él se encuentra con una barbería donde, tanto los sillones como los barberos, están llenos de fango. Entonces él se dice que no hay quien se pele ahí.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — *Automedón, el auriga de Aquiles. La posibilidad de que Automedón se pueda colocar en una cajita, surge de una mañana nublada, frente a un sofá abandonado en un solar yermo. Pero, si logro crear a Automedón, ¿qué telón de fondo le pondré?*

Estoy ya viejo. Estoy en Vilis, y ya estoy viejo. Sin embargo, voy a ir a una manifestación. Doblo por una esquina. Grito, protesto. ¿Me quieren decir por qué, a estas alturas, estoy haciendo todo esto?

Me siento en un café, junto al Constructor de Cajitas. Se trata de un café viejo, destartalado, jodido. Es lo que yo llamo un lugar de fantasmas de medio pelo. Entonces le digo al Constructor de Cajitas:

— En Cuba hay un joven, llamado Ponte, quien habla sobre

el libro perdido de los origenistas. Pero no hay tal pérdida, ese libro me lo dio Lezama, la noche que me fui de Cuba. En realidad, yo soy el único heredero de Orígenes.

Por lo que entonces fue que, tanto el Constructor de Cajitas como yo, nos pusimos a reír hasta el extremo de que tuvimos que agarrarnos nuestras barrigas respectivas, con ambas manos.

La cuestión es buscar ese punto donde el objeto y el vacío se encuentran.

Sólo esta frase: *cuestión del rojo este enojo del ojo*. Es como una bobería, pero en Vilis se recoge todo, hasta las boberías.

«Los clarines que golpean desde el fondo terrible de los sueños». Franklin Mieses Burgos.

En el Castillo de Vilis suceden cosas abominables como ésta: un enorme montón de hormigas, entrando por un chucho eléctrico. Esto puede parecer una cosa sin importancia, pero en el fondo no deja de tener algo de siniestro.

Se levanta y apunta: «Amarillas covachas del rubor».

«Los durmientes no tienen el mismo olor que la gente despierta: si se los despierta de repente el ciclamen se desparrama en la habitación». Paul Eluard y André Breton, *La Inmaculada Concepción*.

El auto en que va montado parece entrar por una vía equivocada. Pero, en realidad, no hay problema: esa vía la han construido para que los que equivocan el camino, no sólo no se equivoquen, sino que, verdaderamente, vayan por el buen camino. El, entonces, se encuentra con una espiral, en medio de la vía. Y es ahí, entonces, cuando él se considera como un hom-

bre tirado en la acera, y con muchas hojas encima. Pero..., pensándolo bien, esto es muy confuso. Esto forma parte de algo más grande. De algo más grande que a él se le ha olvidado.

Artemio López le dice al psiquiatra: – Tuve un increíble sueño romántico, por la mañana. Fue un sueño adolescentario con Yumaris, la muchacha que conocí en el Instituto. Pero me da pena contar el sueño. Ya estoy viejo.

Sueño con una rubia, vestida de negro, en una película del Oeste. Pero el contenido de la película se me olvida.

Al despertarse escribió esta frase: *Sin luna de espejo aquel ascensor que subía hasta la luna.*

No estaría mal, se dice el Constructor de Cajitas, elaborar lo que se dice en *El péndulo de Foucault*: «un felino observado con rayos equis».

CARTA DE ESCRITOR ALBINO A CONSTRUCTOR DE CAJITAS— *Querido amigo. Con fidelidad sí está hecha mi vocación. Vivo en muy especial lugar, en reparto de la Playa Albina. Lo que me rodea es lo mecánico, implacable zona de registros plásticos. La considero convalidada metódicamente. La concibo de esa manera, la respeto de esa manera. Algunas tardes mi visión está en la pantalla de la Computadora. Es el Domingo en la tarde en la Isla de la Gran Jatte (Y no es que la Computadora esté encendida.. La Computadora está apagada. Pero la incidencia de luz y sombra, en el cristal de la pantalla, provoca el Domingo en la tarde, fielmente reproducido). Al salir a caminar, la trayectoria es de postes eléctricos. Rigurosamente horizontal. Después que se diluyeron los puntos que animaban esta trayectoria, hubo que acudir a lo impreciso de metáforas, tales como «combustión de electrodos», o a la imaginación de unos astros que supieran caer. Astros anímicamente dispuestos a un*

*final insuperable. Hay hasta tardes en que, enfrentado a todo esto, siento lo abrasador de un poderoso calor humano. Como un relámpago (lo percibo o no lo percibo), una senda de aluminio que cubriendo (¿qué aluminio?, y para cubrir qué?). O un gran chorro que contuviese una cantidad enorme de (¿de qué?). Y dos callejones entrechocan. Se ve la lechada amarilla, como con humedad encima. Y frenético, pero estático, como se ve, fiel a mi locura me mantengo, pero sin que esto, hasta lo que yo sepa, arroje señal alguna de disociación. Es muy curioso lo que, como si no me pasara, efectivamente me llega a suceder.*

*Carlos Victoria, quien está, en este momento, de visita aquí, te envía saludos. Siempre hacia la derrota.*

Por fin, el ciudadano de Vilis que quería vivir en Caracas está en Caracas. El ha escrito una carta para informarnos sobre su estancia en Venezuela.

«Cinesio se ha divorciado. Su mujer se ha convertido en una puta. Y a Cinesio, sin bigote, ya casi no lo reconozco. También el ambiente donde está Esenio es peligroso. No quieren que nos vayamos. No quieren que me lleve mis libros, por lo que ahí comenzó la pelea».

Como se puede ver, es natural que nadie, en Vilis, haya podido entender esta carta.

DIARIO DEL EX-JESUITA ONIRÓLOGO— Febrero 5— *Todas estas cosas que tengo que ocultar. Le llevé el sobre al niño nicaragüense, pero éste, en menos de lo que dura un pestañazo, le cambió el contenido al sobre, lo abrió, y sacó un papel que, sin ninguna duda, no era el mismo que yo le había puesto dentro. «¡Cómo, cómo! – le grité al retrechero niño –. Este no es el mismo papel que yo puse ahí. ¿Dónde está el verdadero papel?». Pero el niño, el taimado indiecito nicaragüense de grandes ojos negros, inmutable se mantuvo frente a mí, como si no entendiese. Yo me enfurecí, más y más, seguí preguntando por el papel. El niño siguió en sus trece, con sus grandes ojos, diciendo que no sabía.*

*Hasta que, en un momento que no puedo determinar con precisión, me sucedió que, al mirar fijamente los ojos del niño, descubrí que éste era el Diablo. Pero, ¡si hubiese sido esto sólo! Pues lo tremendo fue que, como de simultánea manera, yo comprendí que él era el Diablo porque yo..., porque yo tenía una capa negra. Yo tenía una capa negra y dije a toda voz: «Este niño es el Diablo». Por lo que fue, entonces, que la madre del niño empezó a perseguirme. Y como empezó a perseguirme, yo corrí como un desahogado por el destartado pasillo, amarillento, de una casa antiquísima. Corrí, y como me seguía persiguiendo, me aterroricé hasta tal extremo que, semejante a Hécuba en aquel lugar llamado Kynós Sema, me puse a ladrar de una manera verdaderamente aterradora. Ladrando, pues, entonces, ladrando, fue como me lancé por la ventana. Y ahí, entonces, al lanzarme, fue cuando comprendí que mi capa negra era la de Drácula. Pero ahora, después de haber comprendido, lo que me inquieta es esta interrogación: ¿no será que, al tener la capa negra, proyecte yo un niño Diablo?*

En *Graffiti*, la revista xalapeña, ya se ha hablado de Artemio López, el esquizofrénico recluido en el sanatorio de enfermedades mentales de Vilis, llamado La Inmaculada Concepción. Artemio hace tiempo que se queja del rencor con que se le aparece su difunta madre. Pero hace días la madre se le presentó, sin trazas de rencor, para decirle esto: —«Es verdad que los padres no existen. Como hace años que se murieron, uno se va olvidando de ellos».

Otro atorrante, éste un fabulador de los mil demonios, me dijo lo siguiente: —«Ya no me acuerdo del nombre del Hotel en que vi, en su lobby, a Ortega y Gasset moribundo. Estaba vestido de negro. Allí su esposa, también vestida de negro, me dijo que hasta que no pasara media hora no se le podía hablar».

Los IMPOTENTES ANÓNIMOS de Vilis está presidida por el Coronel Manrique.

El Coronel Manrique, en su primera sesión, dijo: —«Soy un impotente». Pero ésta, como tantas otras dichas por él, es una solemne mentira. En realidad, el Coronel no es impotente, sino un perverso polimorfo.

IMPOTENTES ANÓNIMOS cuenta con una espléndida biblioteca, así también como con una espléndida sala de conferencias. Por cierto, el próximo lunes la profesora Esperanza Altuzárraga pronunciará, en esa sala, la conferencia titulada: «La impotencia ontológica en Julián del Casal».

Cosas raras que suceden en Vilis: hay un sacerdote japonés dedicado a curar los pies.

A instancias del psiquiatra, Artemio López le dictó a Sor Virginia el siguiente texto automático: «Un negro que parece ser un estafador. Hay que evadirlo. Uno se siente perseguido. El negro está sentado, esperando el bus. Es de día. Detrás comienza una arboleda, en la oscuridad, en la noche, en el peligro. ¡Ya vienen los ómnibus! Vienen del Centro Comercial de Miami, radicado en La Habana. A mi madre le gustaría visitar las tiendas. También vi a Colón, el pueblo de la Provincia de Matanzas. Es un bonito lugar, y cuando lo comento, Mamá también dice que es un bonito lugar. Nos pudiéramos haber establecido allí. Colón debe ser la antítesis del Infierno. Hoy he estado en el Infierno. El barro hinchando la calle. Sentí el deleite de los semestres perdidos.»

LOS TEMPLOS DE LA CONVENIENCIA — Conténtense los templos, defendidos por el Ingeniero Ramírez Cortázar. Ya el Ingeniero hace tiempo que emprendió la ímproba tarea de estudiar la historia de los inodoros. Ahora él está escribiendo sobre los inodoros, templos de la conveniencia, en el Guantánamo de la década del 30.

Aquellos templos guantanameros eran templos de madera. *La sagrada madera fecal*, escribe el Ingeniero.

Era lo que se llamaba excusados. En aquella década del 30, Guantánamo era un lugar próspero, pero todavía tenía excusados.

Cagar y dialogar. Ramírez Cortázar habla de los dos huecos de los excusados.

Excusados limpiísimos, los guantanameros – esto lo comenta el Ingeniero. Sobre un clavo impoluto se colocaban los pedacitos de papel, impecablemente recortados del periódico.

(Y es de señalar que, *Templos de la conveniencia* es el nombre con que el sitio donde tan bien se está, ha sido bautizado por Lucinda Lambton, la autora de esa espléndida monografía sobre los inodoros que tanto ha impulsado al Ingeniero Ramírez Cortázar a extender su estudio a lugares como Playa Albina, Vilis, y hasta Cuba).

Le está diciendo a alguien lo siguiente: –«Mi abuelo ha vuelto a vivir. Lo acompañan vaqueros del oeste, quienes vienen de un largo viaje. Y es que tengo ocupada la casa por una multitud de gente que, en el fondo, quiere quedarse con ella. Son la gente que ha venido con Abuelo, y que no quieren irse. Ellos, por lo menos, desean bañarse. Es por la noche».

DIARIO DEL EX-JESUITA ONIRÓLOGO – *Es la cena que a él le correspondía, pero de a pepe cojones ha decidido comérsela. O sea, a él se lo han quitado todo, pero eso no es óbice para que no deje de comerse su última comida. ¿Es un viejo pariente que se llamaba Pedro? Advierto que el ambiente es muy sórdido. Hay como fango, aunque el fango no se ve.*

– Mira, fíjate, en la película que vi en el Cine Rialto, una mujer torturaba a un perro. Era una traducción filmica de una lectura de *Salambó*. Están los Legionarios de Cartago celebrando, pero en medio de esa celebración ellos se convierten en un

perro castigado por una mujer. Después, siguiendo la película, los Legionarios matan esclavos, para así explayar su ira. Pero lo que más me interesó fue poder saber quién era esa mujer de la película. Su nombre lo tengo en la punta de la lengua, pero no acabo de acordarme. A ella la conocí en la adolescencia. Ella era vecina mía, en la calle Lealtad. Pero, ¡ay!, ¡qué mundo de pantallas y de locuras!

Nada menos que a un exiliado cubano, radicado en Vilis, se le ocurre decir lo siguiente: – En la calle San Lázaro, en la época de los tranvías había un centro. ¿Un centro que era como una risa de mimbre blanco? Ay, esto sí que ya no lo puedo recordar, aunque sí puedo saber que ese centro era un mandala. Para decirlo en dos palabras: ahí los tranvías cambiaban de dirección, dirigiéndose a distintos lugares.

Ella quiere interrogar a la mujer que viajó en el auto de color crema, pero le digo que no puede ser. Esa mujer estaba como unida a una de las capas de pintura que tenía el auto. Pues lo importante, ¿no es así?, es que en el auto hay capas, muy relacionadas con los que viajan en él.

En Vilis, los gimnasios tienen la peculiaridad de desarrollar los músculos, con el sólo objeto de que los mitos se hagan patentes. Por eso, en la puerta principal de cualquier gimnasio de Vilis, está inscrita esta frase de Mishima: *El ejercicio de los músculos elucidaba los mitos que las palabras habían creado.*

Algunas veces, Tom Mix se tira desde el balcón del Hotel y cae, como si nada, sobre su caballo.

El bag boy conduciendo el carrito, en el Super Mercado donde trabaja. A veces, como si nada, se introduce dentro de un

gran palacio (¿un palacio chino?). Alguien lo regaña, pero es como un palacio imperial. En el palacio chino, con su carrito, él es visto a través de un telescopio. Pero la arquitectura del palacio no es china, sino como perteneciente a la época de Francisco José, el Emperador de Austria.

¿Se produce alguna liberación? ¿Hay un palacio? Hay multitudes. ¿Hay un Tirano? ¿Pero, en realidad, qué es lo que pasa?

Armando Alvarez Bravo ha quedado destrozado por el accidente que ha tenido con una nave transportadora de gasolina.

A puro hierro. Queda destrozado. Yo lo miro desde lejos.

El Herald le instala a Armando, para que haga la crítica, un aparato de cine. El tendrá que tocar un botón si le gusta la película. Si no le gusta la película, tendrá que apretar otro botón.

Armando criticará 68 películas semanales.

Yo estoy al borde de la pesadilla, y siento un sabor desagradable.

¿La pesadilla comenzará cuando yo sepa que Armando me pueda ver?

Mientras, sigue la noche y aparece Severo Sarduy. No hay que acariciar al difunto. Hay que ser Severo con Severo. Diríamos, ajustarle a su cadáver una dieta no sensual. Diríamos, llevar al difunto hasta un ascetismo budista.

El filósofo Maritain, en venganza por algo, le ha puesto bombas a la Escuela de Filosofía de Vilis. Se trata de una destrucción sistemática, pero al final Maritain fracasa.

Fracasa Maritain, pero hay que fracasar como él.

No hay duda, el género literario de Vilis es ese Zuihitsu, género de prosa del Japón.

Zuihitsu, género literario de Vilis, es «Colección de fragmentos: anécdotas, anotaciones, observación de cosas curiosas, descripción de sentimientos y cosas por el estilo, todo ello sólo, por casualidad con relación entre sí».

Y, en IMPOTENTES ANÓNIMOS, el Coronel Manrique dijo lo siguiente: —«Parece que, hasta los 40 años, Dostoievsky tuvo problemas sexuales».

Alguien, recorriendo a Vilis, se ha encontrado con unos trajes negros, unos trajes porfirianos. También, como telón de fondo, había un espléndido comedor mexicano. Pero esto fue una vez, y ya no más. Pues el alguien, que es un conocedor de la ciudad, queriendo volver a ver los trajes y el comedor, se ha recorrido la ciudad de arriba para abajo, y de abajo para arriba, pero lo que vio no lo ha vuelto a ver más.

También el surrealista viliense, Antilom Pertierra, anda metido en una nueva empresa poética.

Antilom, ahora, está trabajando sobre un poema de Mallarmé sobre una habitación vacía, pero en la que el mobiliario y el Maestro sean eliminados.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — *Tendré que estudiar los olores, seguir con los olores. Un olor chapucero en el patio de la casa de un Reparto, esto hay que estudiarlo. Estudiar detalles como ése que se produce cuando un transistor, posado en el patio, logra que el olor chapucero se concretice en una música chapucera. Tendré que detenerme en el olor con humo, y en el olor con música.*

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — *Debo citar esto: «el olor a cabra y a macarrones es un olor ronco y carmesí».*

Sentí una puerta (¿se cerraba o se abría?), luego aparecieron *sucesiones de vida animal*.

¿Cuántos años? En Vilis hay una mujer dedicada al estudio de la Alta Economía. Con estos estudios, ella se propone agotar la gran sección de un círculo. Y hay hombres de negocio que comentan sobre esa mujer.

Dice el Pintor: —«Este cuadro que todavía no he pintado, se podría llamar *Donde el daño puede aumentar*. En el cuadro incluiría una mujer de un Juez, la fotografía de un amigo mío que tiene cáncer, y encima de todo una escena con un oso».

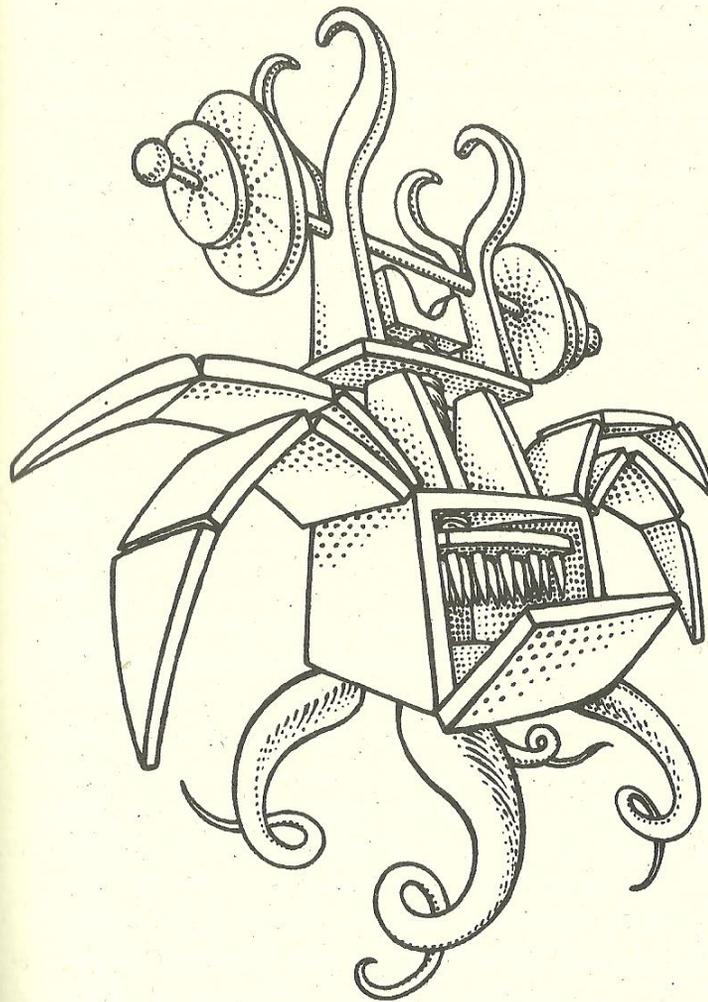
Y en el Publix, en el lugar donde trabajan los bag boys, todos los días viene un cliente chileno que parece estar loco. El siempre está hablando, mientras se le empaacan los mandados, de un localizador telepático.

Pero hablemos de otra cosa. Hablemos, por ejemplo, de los viejos ¿Se quiere una cosa más sagrada que un viejo?

En Vilis (aunque sólo en ciertos niveles, por supuesto), se considera a los viejos como algo que tiene que ver con la Alquimia. Sin embargo, siempre hay que estar atento a la advertencia de Burroughs: «Si no aprendes a cagar en donde debes, no podrás cagar aquí ni en ningún otro sitio».

Hay, con la edad, que temerle a muchas cosas. Se puede tener que ver con la Alquimia, pero los dientes de los viejos se empiezan a caer.

Se puede ser Alquimista, pero en el Super Mercado, al ir a ponchar su tarjeta, dos viejos fueron recibidos por una norteamericana gorda y joven que, al verlos, se soltó la tripa y, con toda conciencia lanzó un peo largo, premeditado. Un peo de red neck, pues la gorda es red neck, y se llama Margaret.



Por eso aquí en Vilis, aunque los viejos sean Alquimistas, tienen que tener cuidado no sólo con la próstata, sino también en no enredar excesivamente las especulaciones que puedan tener con la magnesia vegetal. Siguiendo a Burroughs, los viejos deben de fijarse en esto que él ha dicho: «Conceptos abstractos, reducidos a estiércol negro o a un par de cojones envejecidos».

O los viejos alquimistas de Vilis, si no quieren citar a Burroughs, pueden citar la Biblia. Allí también se habla de la defecación: «Porque el suceso de los hijos de los hombres, y el suceso del animal, el mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia: porque todo es vanidad» *Eclesiastés: 3:19.*

Aunque lo parece no se trata, precisamente, de un tren de lavado chino, sino de un prostíbulo. Este prostíbulo está en el Prado de Vilis, y él llega allí a través de un laberinto de callejuelas.

Llega con una muchachita que es casi Lolita y casi china.

La Lolita china, después de acostarse en una cama del prostíbulo, luce como embalsamada. La colcha que la cubre es como la sábana que se le pone a una momia.

Lolita, reducida de tamaño, tal parece un pan de color chocolate. En su misma cama hay una niña que también parece embalsamada. El Coronel Manrique se acerca a la niña, y observa que ésta tiene ojos de animal, los ojos de un pájaro.

Quizá la Lolita y la niña, como dos buenas lesbianas, acaben haciendo el amor, pero esto, para el Coronel Manrique, sería contemplar un acto en frío. El se siente asqueado.

¿Qué le pasa a Severo Alegría? Estuvo al punto de tragarse un vacío frasquito.

También por allí, por la calle Montalvo, intentaron robar la casa número 11, altos.

Habían ya sacado unos cuadros malísimos, pero al final los dejaron en el portal, porque parece que a los ladrones no les interesaron.

Los ladrones habían dejado la puerta fuera de sus bisagras.

La puerta de la casa es fea, sucia, vieja. Puerta que no es de madera, sino que está hecha como con material esponjoso.

Casi todos los ladrones eran mujeres.

Andando por los tribunales de Vilis encontré a 3 jurados, quienes tienen que escoger tres verbos, **en su Infinitivo**, según me dijo uno de ellos. *No más* – también me dijeron los tres al mismo tiempo –, *pues el resto queda borrado*. Pero yo me quedé sin entender ni papa.

Después fui a otra sala y había otro jurado, pero de éste no se sabía nada.

En Vilis suceden cosas rarísimas. Había un minicuento en un bote que se estaba hundiendo. El minicuento constaba de tres párrafos, por lo que, para salvar el bote, el hombre creía que tendría que sacrificar el párrafo del medio. Sin embargo, al final, el hombre logró salvar el bote, sin tener que sacrificar ningún párrafo. Y entonces, resultó que el minicuento salvado contaba que había un minicuento en un bote, por lo que un hombre, para salvar a ese minicuento, tendría que...etc.

LOS TEMPLOS DE LA CONVENIENCIA – Aterrado se quedó Mr. Eric Northrop, miembro del Anexo al Museo de Ciencia de Hayes, cuando se encontró en el Mercado del Ganado y en 1937 (o sea, un año después del cabalístico año 1936), con un Templo de la conveniencia donde el excusado contaba con seis huecos, todos ocupados por sus seis campesinos respectivos. Los

campesinos, por supuesto, se habían bajado los pantalones para cagar, mientras que, con sus manos, desplegaban los periódicos que estaban leyendo. Pero lo tremendo de esto es que el irresponsable Ingeniero Ramírez Cortázar, después de haber leído esa noticia en el texto de Lucinda Lambton, se apropió desvergonzadamente de esa anécdota, escribiendo esta Nota que piensa añadir a su proyectado estudio: «*Afirma el párroco Padre Santana – dice el descarado Ingeniero Ramírez Cortázar – que, en el cabalístico año 1936, existió en Guantánamo una sociedad de agricultores, llamada Sociedad Pompeyana, donde él vio en su Templo de la Conveniencia de madera, a seis colonos guantanameros cagando al mismo tiempo*». ¡Hay que ver hasta qué punto puede llegar el descarado de intelectuales como este Ingeniero! La cultura se ha vuelto una mierda.

Hay una inundación. Botes, bomberos, el carajo. Todas las Brigadas de Salvación acuden al lugar. Había un hombre gordo, ojos saltones, con pullover de un sepia desleído. El gordo tenía..., o el gordo se proponía... Pero no se puede decir más, pues resulta que en Vilis las cosas se olvidan enseguida. Es lástima.

Artemio López, el esquizofrénico de la Inmaculada Concepción, le dijo lo siguiente a Sor Virginia: – La felicito Monja, me acabo de leer su estudio sobre el ciclón del 26, y me siento impresionado por la fuerza que la oración les dio a aquellas aterrorizadas niñas de la casa que el Sagrado Corazón tenía en Tejadillo, cuando las ráfagas se empezaron a sentir. Muy bien, muy bien, Monja, usted es una gran historiadora. Pero ahora vamos a lo mío. La mujer que tiene una pensión en New York, hay plantas por todas partes. En New York ha habido un problema con las comunicaciones. Multitudes, gentes que se pegan unas con otras. Es como si se fueran a fotografiar. Y el subte, Monja, que me corresponde, se ha vuelto un lugar desvencijado, es difícil llegar. Habría que enseñar a una

muchacha a que no eructe. La muchacha se acerca al oído, hace un ruidito, y eructa. Pero es que entonces, Monja, aparece mi madre, llena de ira, y esto sí que no lo puedo soportar.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS – *Se trata del proceso por medio del cual, primero uno destila un tremendo suceso realista y, después, uno convierte ese suceso realista destilado en una escena operática para entonces, al final, reducir esta escena al tamaño de una cajita. Hay casos, además, en que parece que el mismo narrador ofrece la posible destilación de su tremendo material realista. Por ejemplo, tenemos el caso de Rafael Pocaterra, el autor de Memorias de un venezolano de la decadencia. En esa obra, Pocaterra testimonia con terribles escenas carcelarias. En esa obra hay hombres tendidos por el horror, pozos lóbregos, boquetes cubiertos con trapos blancos (como mortajas), y sin embargo, cuando Pocaterra destila su realismo (pues todos los autores destilan su realismo, aunque muchos, como es aquí el caso de Pocaterra, no sean conscientes de ello), lo que resulta es un escenario teatral. ¿Se quiere ejemplo de esto? Pues bien, después de que Pocaterra describe un ambiente siniestro, con siniestros torturadores, acaba preguntando: «Esta escena del tercer acto de «Tosca», ¿para qué es?» Así como también, en otro momento en que está hablando de la prisión, nos dice: «El patio, la reja, la escalera vacilante – como la de la tramoya de un teatro suizo...» O sea, que tenemos aquí, con este ejemplo aportado por Pocaterra, la posibilidad de que el autor, aunque inconscientemente, nos mastique – o destile – una tremenda escena carcelaria hasta el punto de que ya, con ella, convertida en acto de «Tosca», o en tramoya de un teatro suizo, lo único que nos queda hacer es reducir de tamaño la destilación para así, entonces, poder meterla en la cajita. Es que, hay que recordar que como Pascal dijo que la verdadera naturaleza se ha perdido, cualquier cosa se puede meter dentro de una cajita.*

Un orador, en IMPOTENTES ANÓNIMOS; recuerda cuando Aragón bromeaba sobre sus brotes de impotencia.

¿La diferencia entre Vilis y la Playa Albina? Pues muy sencillo. Es un problema de Teosofía. Hay cuerpos astrales de ciudades, y Vilis es el Cuerpo Astral de la Playa Albina.

*en esa forma oscura del recuerdo que es el sueño, ha dicho Julio Matas.*

En el Museo de Arte Moderno de Vilis se está exhibiendo un pez inexistente dentro de una jaula futurista. El crítico Eletiel Mirabal ha dicho, en el Vilis Herald, que esta pieza le está tratando de decir al soñador sobre la imposibilidad de soñar un sueño exquisito.

Artemio López no se puede dormir. Son las tres de la mañana y no se ha podido dormir. ¿Por qué Sor Virginia no lo habrá inyectado? Ella estuvo en su habitación, a eso de las doce de la noche, e intentó serenarlo hablándole sobre el efecto del ciclón del 26 sobre el colegio que el Sagrado Corazón tenía en Tejadillo, pero esta vez Artemio no le puso atención a su relato. Pero, entonces, ¿por qué Sor Virginia no lo inyectó? Ya se sabrá, pero el caso es que como Artemio no se ha podido dormir, el psiquiatra está ahí ahora, a las tres de la mañana, para así poder oír esta descarga: – Mire, doctor, es el horrible lugar donde está el inodoro, con todo el espanto de lo fecal. Además, la puerta de ese lugar no cierra bien, por lo que eso se parece al que sale en las películas como fumadero chino. Creo que mi madre, doctor, debe haber sido incapaz de un buen toilet training, por eso la culpo. Así como, también, he pensado que la timidez de un joven con las mujeres se debe al hecho de que él teme que, al acercarse a ellas, le entren ganas de cagar.

Pero, acabado de decir lo anterior, al esquizofrénico Artemio se le descompone el estómago y tiene que ir para el baño.

Al regresar Artemio del baño fue inyectado por Sor Virginia, quien fue llamada urgentemente.

Las últimas palabras de Artemio, antes de dormirse, fueron éstas: —¿Bajo la oscuridad un hombre con ganas de cagar? ¿Es que, verdaderamente, quiero hablar de esa necesidad de cagar que afecta a todo el mundo?

Por la noche, y una noche bastante sombría por cierto, alguien que pasó frente al Castillo —y había poca gente en la calle —, oyó que en esa *Casa de Marina* se echaba a andar la victrola, para que así se oyera, interpretada por los Panchos, la música de Alfredo Gil con esta letra de Chucho Navarro:

Sin un amor...  
la vida no se llama vida.  
Sin un amor...  
le falta fuerza al corazón...  
Sin un amor...  
el alma muere derrotada,  
desesperada en el dolor,  
sacrificada sin razón,  
sin un amor no hay salvación.  
No me dejes de querer, te pido,  
no te vayas a ganar mi olvido.  
Sin un amor...  
el alma muere derrotada,  
desesperada en el dolor,  
sacrificada sin razón,  
sin un amor no hay salvación.

Gargajo color crema en el mismo medio del lavabo. Este gargajo pertenece al desconocido personaje que comparte el baño con Ezequiel Cernuda. Ellos viven en una casa de huéspedes.

— El médico de mi pueblo, cuando yo vivía allí, confundió mi deseo de orinar con una excitación sexual.

El cuenta eso, parado al lado del maletero del auto. El auto está arriba de una pequeña cuesta. La cuesta está llena de sal.

El vendedor de esa tienda, el *Burdines* de Vilis, le iba a hacer una mala jugada, pero apareció el Manager y le entregó la mercancía, diciéndole que eran tres colchas, una correspondiente al Padre, otra al Hijo, y otra al Espíritu Santo.

Se levanta a las 6 de la mañana, y enciende su Computadora. En la pantalla aparecen lejanas multitudes, muy lejanas multitudes, que no se sabe bien si visten de negro. Después viene un virus, y se acaba todo. Lo que se vio parecía en colores. «En Vilis pasan cosas del carajo», dijo él.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — *Me preocupan cosas muy difíciles de expresar, cosas que no sé cómo decir. Por ejemplo, quisiera construir mi propio corazón en tamaño diminuto, pero lo difícil no es esto, sino que también quisiera que esa disminución de mi propio corazón tuviese una semejanza con lo que se pudiese llamar un estuchito de pesadillas. Pero ¿cómo lograr esto? Pues ¿qué cosa puede ser un estuchito de pesadillas? Y si lograra dar pie con bola, ¿cómo lograr que el estuchito se pareciese a mi corazón? Sin embargo, lograr cosas como éstas es lo único que creo que vale la pena. No me interesa construir una cajita realista. Todo realismo me deja indiferente. Pero eso sí, aunque estoy convencido de que todo realismo es una estilización innecesaria, requiero que mis objetos sean precisos. Si digo estuchito de pesadillas tiene que ser estuchito de pesadillas, no me conformo con vaguedades neblinosas. Y quizá, también, por rechazar las vaguedades, es que me siento totalmente identificado con esto que, en una carta, escribió Henry Miller: «Y cuando un pintor también escribe, yo generalmente disfruto de su escritura más que la de los escritores. ¡No me preguntes por qué! Las *Cartas a Theo* de Van Gogh, por ejemplo, significan tanto para mí como las novelas de Dostoievski» O sea, para*

terminar, no me interesa la estilización realista, pero cuando hablo de objetos precisos me refiero a ese tipo de objetividad que Clarice Lispector visualiza en una frase: «Era un perro extraño y objetivo». Un perro así es el que me interesa meter en la cajita.

A petición de Sor Virginia, Artemio López escribió el siguiente monólogo: «Recetas, o algo por el estilo, para escapar de la dominación de la madre. También parece que hay remedios para liberarse del dominio de la mujer. Otros muchos más enredos hay, pero no se pueden percibir. ¿Están vestidos de romanos? Apunto, entonces. Primero una pregunta: ¿en qué garage las piezas que les corresponden a las mujeres? A continuación escribo esto: el que logra zafarse de estas necesidades es un héroe. Son lugares comunes, con fondo que les da un aire cinematográfico a todo esto, pues son como coristas vestidas como romanas. Nunca he encontrado a mi padre, los padres no existen. Pero mi padre no ha muerto, y la prueba de ello es un dibujo infantil con una ermita coloreada. La ermita es el dibujo que le hice a mi padre, y es, a la vez, el lugar donde estuve con él. Mi madre, más joven, al conocer la ermita, intuye que, efectivamente, mi padre no ha muerto, así que, entonces, me parece que ella tiene dotes de adivinadora».

Alguien que no vive aquí, y que ni de nombre conoce a Vilis, tuvo a las tres de la mañana un sueño donde aparecía *Civis*, sobre un plano horizontal que estaba colocado arriba de donde él vive. Entonces se levantó para tomarse un valium. Después se volvió a acostar. Después se durmió. Y, por último, se volvió a despertar para anotar lo siguiente: «Debo rectificar. Rectificar el nombre. No se trata de *Civis* sino de Vilis. Esta Vilis es como ciudad, por lo que no hay duda de que ahí transcurre lo otro».

Un ciudadano de Vilis quisiera vivir en Caracas. Y como en Vilis son fáciles los sueños, él sueña estar en Caracas. Está en Venezuela, siente el fracaso, tiene miedo. La tía Rosa, la tía que se murió cuando él era niño, ahora está trabajando en una oficina de Caracas. El espera que ella pueda resolver algo, pero ella tiene un accidente. «Se ha partido en dos», le dice el que fue Jefe de ella, mientras le propone a él un empleo que no parece ser muy seguro. Después, resulta ser que es una sala de espera el lugar donde van los pasajeros de un avión. Hay un sofá. Y el avión va sobre un mar iluminado y lleno de pozos de petróleo.

«Dicen los ocultistas, o algunos de ellos, que hay momentos (...)del alma en que ésta recuerda, con la emoción o con parte de la memoria(...)una sombra de una encarnación anterior». Pessoa, *Libro del desasosiego*.

«Cubrieron los cuernos de la sangre/ La memoria de otros nacimientos». Paul Eluard.

También en su conferencia el doctor Horacio, después de citar a Lezama en sus *Aventuras sigilosas: Despedirse es cultivar un rocío para mirarlo con la secularidad de la saliva*, afirmó que, según la *American Journal of Epidemiology*, más de 10 millones de norteamericanos padecen impotencia.

Con la colaboración de 58 profesores, debidamente adiestrados, el Historiador de la Ciudad acaba de publicar la monumental obra *Collage onírico, histórico, jurídico, y poético, de la Ciudad Vilis*. La obra, que no es otra cosa que la monumental Historia de Vilis, está escrita a la manera de un *Zuibitsu* (y recuérdese, ya lo hemos dicho, el *Zuibitsu* es una colección de fragmentos, todos ellos unidos «por casualidad en relación entre sí»).

LOS TEMPLOS DE LA CONVENIENCIA – Pero el Ingeniero Ramírez Cortázar no puede ser considerado un historiador imparcial. El no puede ocultar su desdén ante los Templos de la Conveniencia guantanameros. En cierto momento de su monografía, él estalla en expresiones como ésta: «¡Guantánamo, la de los Templos con hueco en la madera! Y esto en pleno 1936, año cabalístico. Otra cosa sucedía con pueblos como Jagüey Grande, por ejemplo, donde, desde el comienzo de la República había sólidos Templos. Y ni qué decir de aquellos inodoros de la Calzada de Jesús del Monte. Esos sí que hacían patentes el esplendor de la República».

Lorenzo García Vega, al llegar a Vilis, hizo lo mismo que hacen todos los viejos : se puso a recordar a Jagüey Grande, su pueblo natal. Lorenzo dijo : –Felito era un niño que conocí. Estábamos en Jagüey, era en una peregrinación, y nos bajamos de una carreta. Entonces se me ocurrió que *cuando se cambia un diamante, éste aumenta de tamaño.*

Pero ¿qué querría decir Lorenzo? Ese viejo es casi genial, pero cuando cae en el autismo no se entiende ni él mismo. Es una lástima.

– ¿Cómo andan hoy las cosas, Artemio?– preguntó el Psiquiatra, mientras una mosca de sol, que entró por la ventana recién abierta, se le posó en su frente, frente casi martiana.

– Está un anexo de ese Cine Encanto, el cine de 1936.

– Y bien ¿qué pasó?

– Ahí está el cuarto donde vive mi madre. Pero ella no está ahí. Ella está esperándome en otro lugar.

– ¿Está usted seguro de que es en otro lugar, Artemio?

– No soy ningún comemierda. Sé lo que digo. Abro la puerta, llueve. Por lo que, debido a esa lluvia, ni puedo separarme de mi madre, ni tampoco ir hacia el lugar adonde ella está.

– Entonces, Artemio, ¿qué explicación le da usted a todo eso? Todo eso tiene que tener una explicación.

– Mi madre se presenta con aristas de egoísmo – al decir esto, a Artemio le empiezan a temblar las manos –, con manipulación, con opresión. Ella está mostrando una fea conducta con cualquier mujer que se acerque a mí.

Pero, no acabó Artemio de decir esto, apretó el Psiquiatra un timbre, por lo que en menos de lo que canta un gallo, apareció Sor Virginia, provista de su jeringuilla.

Confundido ahora, el paseante Isidoro Flores le dice al travestí que se hace llamar Yisenia: – No son diosas, sino coristas. Algo se está preparando.

Artemio López le confiesa a su enfermera: – Mi médico es un Director. Pero eso sí, un Director de no se sabe qué.

Vidriera de un Super Mercado, pintada por los niños de la Escuela Rubén Darío. En el medio un corazón, florecitas a los lados. Unas letras verdes dicen : *Thanks Publix.* Son las navidades.

LOS TEMPLOS DE LA CONVENIENCIA – Fixture, esta palabra puede querer decir «Persona que no se mueve de un lugar», pero en este contexto no quiere decir eso, sino «Cosa fija, accesorio». El «Cameo Toilet Fixture» se hizo posible en 1880, a través de la British Perforated Paper Company. Un delicioso aparato para colocar el rollo de papel higiénico que todavía se encuentra en el castillo de Kinloch, en la Isla de Rhum. «Estar cagando en el castillo de Kinloch, mientras se tenía como telón de fondo este bello adminículo que sostenía el rollo de papel higiénico, debe de haber sido, sin duda, tanto una fiesta

innombrable, como también un gozar del sitio donde tan bien se está», se dice el Ingeniero Ramírez Estrada. «Estas cosas no se pueden decir, desgraciadamente – sigue diciéndose el Ingeniero –, pero me jugaría la cabeza a que los Autonomistas, aquellos caballeros que tan bien les sentaba el bombón, cuando querían que Cuba fuera el Canadá de la América Latina, es que estaban soñando, aunque sin saberlo, con el Templo del castillo de Kinloch.»

Le promete a la muchacha que se casará con un joven severo, pero cariñoso. Un joven militar, pero tierno. Y todo esto, envuelto como en una crema, parece que se desarrolla en un parque de diversiones donde todo se mueve. El cuento pudiera llamarse *El melado del parque de diversiones*.

Hay un rechazo que afrontar en esa escena de la película, y la actriz no lo sabe representar bien. El Director, pues, no acepta a la Actriz en ese papel, y no la acepta por esta razón: porque ella es demasiado mujer, y está demasiado hecha, y está fermentada.

Hay hasta un cartel anunciador donde se dice que el papel que quiere representar la Actriz es el de hacerse la boba, ocupándose de pequeñas faenas.

O sea, la situación puede resumirse en dos palabras: hay un fallo en la vida que lleva a la Actriz a la escena, o hay un fallo en la escena que lo devuelve todo hacia la vida.

Repitiendo: el Director sólo está interesado por la película en sí, por lo que condena a la Actriz no por hacerse la boba frente al hombre, sino por estar muy entrada en carne para la escena.

Hay comparsas. Cachivaches, extras, los actores, etc. Todo superpuesto. Las escenas son como aglomeraciones que no acaban de ser escenas. Aburre tanta confusión.

El bag boy es como un comisionado de los gerentes. El escenario es vago. El entra en el Templo de la Conveniencia, lo utiliza, pero se olvida de halar la cadena. Un personaje folklórico lo mira fijamente. La peste no se puede soportar.

El caso es que el viejo se había puesto a masticar una dentadura muy difícil. La masticaba con su dentadura postiza.

Pero ¿cómo el viejo descubrió que estaba masticando la dentadura otra? Bien, esto lo descubrió cuando abriendo su boca frente al espejo, comprobó que su dentadura postiza estaba intacta. Esto lo llevó a preguntarse por aquello que había estado masticando. Por lo que, al final, el viejo cayó en la cuenta de que había estado chupando el estropajo, otro, de su misma dentadura postiza. ¡Qué difícil es todo!

¡Esos problemas oníricos de Vilis! Mauricio Menocal, por ejemplo, se levantó para orinar, seguro de que se sabía, completico, su sueño. Pero esta convicción le duró poco, pues como Mauricio tiene mala la próstata, el chorro le salió flojo, demoró su tiempito en orinar y, como consecuencia, el sueño se le fue.

A Mauricio sólo le quedó algo así como un pasillo. ¿En un restaurante? Iba en el pasillo con alguien, y éste le preguntaba algo.

El pasillo que quedó era en blanco y negro, y con un polvillo blancuzco como de vieja película.

Después Mauricio se volvió a acostar. Antes de dormirse, como en visión hipnagógica, sintió que le decía (aunque no estaba seguro de si era él quien decía) al alguien con quien iba por el pasillo: *No era por dinero*. También, dentro de esa visión hipnagógica, apareció una jicotea en una fuente, una fuente dentro de un patio lleno de sombra, y un patio de sombra en un hotel llamado Altagracia.

Por último, Mauricio volvió a dormirse. Pero esto duró poco, pues pasado unos diez minutos volvió a despertarse, se sentó en la cama, y tomando el bolígrafo apuntó en su Libretica de Sueños lo siguiente: *El General Menocal aceptó a Batista, cuando la Constitución de 1940.*

Artemio López, el esquizofrénico, soñó que al caerse un objeto de un librero, su madre se quedó muy sorprendida. Tan sorprendida se quedó, que él tuvo que decirle: *Mamá, yo también he sabido de objetos que se caen.* Pero esto que le dijo llenó de dudas a su madre, por lo que ahí el sueño se convirtió en pesadilla.

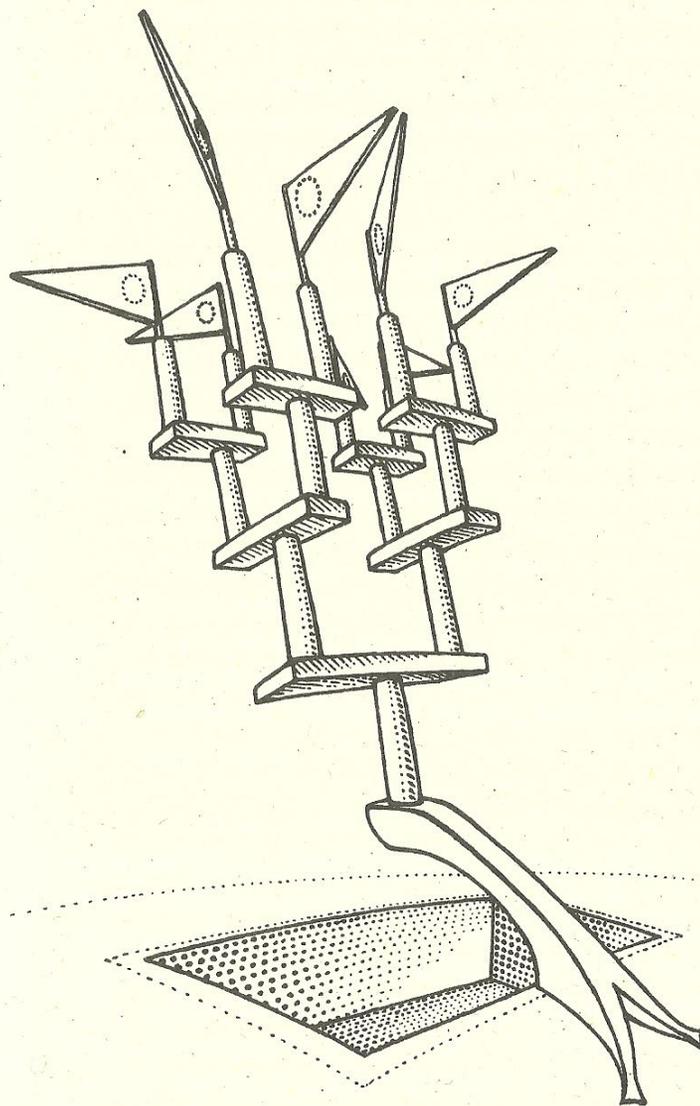
¡Y qué pesadilla! Artemio empezó a dar unos berridos, berridos que se oyeron por todos los rincones del sanatorio La Inmaculada Concepción. Por lo que, de inmediato, se vio a Sor Virginia, corriendo y asustada, entrar en el cuarto de Artemio, jeringuilla en mano.

«La luz entraba en mis sueños sesgada, lenta y persistente como un adagio. Penetrándome poco a poco, iluminaba y detenía la última imagen soñada, que se congelaba entonces en una postal tan inasible que desaparecía y aparecía, cada vez más desleída en un pestañeo interior, hasta perderse al fin sin que yo pudiera detenerla». Ofelia Gronlier, *Las palomas.*

—¿Cómo de mimbre, qué quiere decir eso?— pregunta el Psiquiatra.

—Sí, doctor — contesta Artemio López —, el blanco del mimbre. Tiene blanco pelo de mimbre, por tanto es como si fuera un muñeco. Es mi madre, que está agonizando.

— Soñé con la poetisa Emelinda Yturriaga — dice el poeta Antilom Pertierra, en su tertulia del café El Gato Bizco.



«Lo peor que puede pasar es que se aproveche una decoración antigua en ese teatro que no escatima una escenografía. ¿Por qué ha aparecido varias veces esa casa de un solo piso con doce balcones y con un portal con grandes bancos de madera? Nunca vivimos en una casa así, y sin embargo alude el sueño a una casa que fue nuestra casa alguna vez» Ramón Gómez de la Serna.

—¡Qué de cosas suceden en Vilis! Soy bag boy en el Super Mercado, en el Publix, y el poeta Roberto Fernández Retamar me ha pedido el carrito con que le llevo los mandados a los clientes. «Te lo presto hasta las cuatro», le dije, mientras el carrito se convertía en ese móvil en que montan a los enfermos, en los hospitales. Retamar salió mandado con él, pero ahí, no sé cómo, me iluminé. Me iluminé, por lo que supe que el Poeta no iba a regresar con el carro. Lo supe, y me puse a gritar y a correr. Entonces Retamar, que me vio correr, y me oyó gritar, empujó el carrito todo lo que pudo, para no dármelo. Sin embargo, yo corrí más que él, así que le pude quitar el carro. Sé lo quité y, entonces vi cómo Retamar regresaba a un patio donde tenía su auto. Es triste eso. Todos queríamos a Retamar, pero él no era amigo de nadie.

LOS TEMPLOS DE LA CONVENIENCIA — Pues ahí, en esa Calzada de Jesús del Monte donde se mantenía el sueño colonial de los buenos autonomistas (había que ver a Don Rafael Montoro con su buen bombín de mármol), tuvo que ser el esplendor de aquellos inodoros, traducción de aquel que todavía se mantiene en el Castillo de Kinloch en la Isla de Rhum. Inodoros en que la cisterna le hacía el juego, ya que según nos dice Lucinda Lambton: «la única trampa sifónica, la cual sólo podía ser comprada en combinación con la cisterna para así asegurar que su complicada acción sifónica trabajase perfectamente». Y, sobre

todo, para los estetas, lo principal consistía en aquellos 12 diferentes modelos florales que, desde 1899, adornaban tanto a los inodoros como a sus cisternas.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS – *También la idea de la cajita como condominio. A esto le he dado muchas vueltas, por eso he podido comprender bien esta observación de Andy Warhol: «pero mi mente divide sus espacios en espacios de espacios, y sus pensamientos en pensamientos de pensamientos, como un gran condominio». A esto añado la lectura reciente que he hecho de una novela de Georges Perec, La vida: instrucciones de uso. Aquí sí que me di, por así decirlo, un atracón de ese condominio que quisiera meter en la cajita. Es que yo quisiera partir, como si fuera un narrador, de un argumento y..., entonces el condominio. Pero todavía no tengo claro el asunto. También he estado soñando con pequeños objetos que pudieran ser como espejos. Me explico, objetos, pequeños objetos híbridos, que por sí mismos no sugirieran nada. Objetos vaciados, diríamos, y que por haberse vaciado pudiesen, como espejos, relatar nuestro destino. Pero ¿cuáles son esos objetos?, ¿dónde están esos objetos? Mi problema no es que le busque a la cajita objetos difíciles, sino más que eso, que le busque objetos imposibles. Pero si debo tratar con lo concreto de una cajita, ¿por qué, siempre, estoy buscando lo que no hay? Cosas que no son nada, pero que relataran nuestro destino, ¿qué es eso?*

DIARIO DEL EX JESUITA ONIRÓLOGO – *Miré ese cuadrito insignificante titulado El que no busca nada. Es un cuadrito insignificante donde lo único que hay es un hombre insignificante, subido en una lomita insignificante, y mirando para los celajes. Entonces, con ese cuadrito de mala muerte, me propuse, con lo primero que se me ocurriera, hacerme un cuentecito. El cuentecito comienza cuando el Poeta Fernando Palenzuela no quiere visitarme, ya que quiere que yo lo visite. Lo espero en el Capitolio. Hay una escalinata. Pero no es precisamente el Capitolio. Entonces el cuentecito continúa cuando lucho con una niña, pero le temo a la niña. Hasta que, como final y para terminar el cuento,*

*regreso y me pongo a esperar a Palenzuela. Es un final donde me siento mal, me siento con desagrado, y en donde hay como espacios abiertos.*

Sor Virginia le estuvo leyendo a Artemio López, un capítulo de su monografía sobre el ciclón del 26 (sobre las publicaciones de esta Sor Virginia, graduada en Historia, ya se ha hablado en la revista *Graffiti*). Ambos, la Sor y el esquizofrénico, estaban sentados bajo un sombreado y acogedor árbol. Las brisas que corrían eran merecedoras de un dulce areito, por lo que todo (hasta un gato que se extendía) parecía alcanzar su definición mejor. *Ab, que tú escapes*, dijo la Sor en un suave momento en que interrumpió la lectura para limpiarse los espejuelos. Pero fue en ese momento, precisamente, cuando Artemio poniéndose de pie, dijo lo siguiente: – Mire Monja, está la acción demoníaca de dos escaparates viejos, viejísimos. Alguien... Pero ¿qué vieja bruja?, pero ¿qué vieja bruja puede ser? Alguien intenta que me quede encerrado ahí. Por lo que le he pedido permiso a mi madre para poder desocupar el escaparate viejo. Mi madre me ha dado el permiso, y así, con su asentimiento, he empezado a desmontar el mueble. Pero Monja, están esos horribles percheros de los escaparates, hechos con terciopelo de murciélago, o con pelo de bruja. Porque dése cuenta, Sor Virginia, que si a uno lo meten dentro del escaparate no hay nadie que lo saque a uno. Uno se queda dentro y sanseacabó. Ese escaparate estaba en la casa de mi abuela, y por lo que veo, fácilmente ese escaparate podría convertirse en una caja de muerto. ¿Me comprende?. Yo sé que usted me comprende. Una intelectual como usted, que ha tenido la audacia de escribir sobre el ciclón del 26, no puede menos que comprenderme. El escaparate, no hay duda, tiene el color de la mierda seca. No sólo es una caja de muerto, sino que también tiene el color de la mierda seca. Y eso es por lo que, Monja, se lo advierto, con la madera del escaparate se puede hacer un reciclaje sombrío. ¡No permita que se haga un reciclaje!

Es Vilis. ¡Ah Vilis, cuántas cosas! Se botan sucios papeles sobre callejón oscuro. Callejón lleno de escupitajos. Pero hay tres papeles que son como pergaminos muy estrujados. Y estos pergaminos ¿son 3?

Hay como una extraña Feria. Allí le confieso a Rutilio Morejón: —Nunca le digo a nadie que soy doctor en Filosofía y Letras.

En la Feria hay una vieja muy, pero muy, del tiempo de antes, y esta vieja le va dando la mano a todomundo.

Y, por cierto, en este momento pasan por la Feria el paseante Isidoro con su carnal travestí Yisenia. Isidoro dice: —Fue en la Plaza de Toros, en Madrid. Una atmósfera de sueño. Entonces hice una acuareleta y la titulé *¿De qué color son las hojas del tabaco?*

Me pierdo y estalla una revolución. El ómnibus que tomo no me conduce a casa. El sueño se convierte en pesadilla.

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — *Me explico: cada vez que vemos no vemos. Decir esto es un lugar común, todomundo lo sabe, pero hay que repetirlo y repetirlo. Lo que vemos es mierda, es la máscara que nuestro lenguaje le ha impuesto a las cosas. Pero entonces, de acuerdo con esto, ¿cuál sería la función de la cajita? Pues bien, creo que debemos despertar la Atención, para así toparnos con las máscaras con que disfrazamos lo que vemos. Una vez logrado esto, es decir, una vez que lográramos tocar las máscaras con que disfrazamos, deberíamos convertirlas en lo que verdaderamente son, adminículos del fetichismo que, reducidas por nosotros a nivel de pequeños objetos, podrían ser introducidos en la cajita. Esta pues, la cajita, vendría a ser, de cierta manera, como la objetivación (y por lo tanto como denuncia indirecta) de nuestra falsedad. Nos sorprenderíamos, a través de la Atención, como payasos-papagayos que repiten, frente a la Luna, lo que su lenguaje les ha enseñado a decir, pero una vez que lográramos mantenernos en la Atención, entonces nos sería fácil convertir en objeto diminuto de cajita*

*a los besitos sentimentales, o a los rudos gestos del convencionalismo realista (el rudo gesto del realista es el reverso del besito) que nuestro condicionamiento nos obliga cuando nos topamos con la Luna, con el paisaje, o con el carajo bendito.*

*Por eso creo que, al hacer tangible nuestra mentira, la cajita pudiera ponernos en contacto con el camino que nos condujera a la inocencia. Y por eso me río cuando alguien habla del mundo de la memoria que puede reconstruir la cajita. ¿Memoria? Al contrario, la memoria debe ser destruida por la cajita. ¡Cero fantasmas! Al convertir la mentira de las máscaras en pequeños objetos, los fantasmas de la memoria se disipan.*

En Vilis un comic se titula *Mi Revolución*. El consta de los siguiente cuadritos:

Cuadrito 1 —El personaje como agarrado al estribo de una guagua. Va como en el aire. Nadie lo ayuda.

Cuadrito 2 —El personaje está en cueros, y lo ve pasar la laboratorista. Ella se hace la que no lo ve, pero lo ve.

Cuadrito 3 —El personaje se pone un calzoncillo.

Cuadrito 4 —En una colina los soldados, vestidos de blanco, le disparan a la multitud.

Ahora bien, falta ponerle, a cada cuadrito, su texto dentro de un globito. Una vez que se logre esto, se sabrá por qué este comic se titula como se titula.

En Vilis los no-soñadores parece como si soñaran, pero en realidad no sueñan. Ellos son realistas, realistas de verdad, pero como las cosas se enredan, ellos parece que sueñan.

Ambrosio Sánchez es un realista, o más que un realista, él es un hombre rudo, pero como Ambrosio es natural de Vilis, al entrar en un banco se topó con una habitación donde la gente estaba atada.

La habitación se convirtió en un camerino.

Un animal, encerrado, quería salir del camerino.

Pero lo interesante es que Ambrosio, con todo lo bruto e insensible que es, logró percibir la tonalidad bronceada de ese camerino donde está encerrado el animal. ¡Al carajo! A mí estas cosas no me gustan, acabó diciendo Ambrosio.

Un puñetero loco, en la más oscura esquina de Vilis, tuvo la ocurrencia de decir lo siguiente: – Cerrar la computadora es ponerle el cinturón de castidad a esa muñeca que está encerrada dentro de la cajita.

Vilis tiene una calle llamada Amargura. En la calle hay un banco para que los peatones se sienten.

En el banco están sentados el paseante Isidoro, y el travesti Yisenia.

Isidoro le dice a Yisenia: *La abeja es lo que pica.*

Después, también le dice: *Hay calvicies llenas de abejas.*

Si me tengo que morir,  
yo quiero morir bailando.

En ese café España, que está en la calle Indalecio Prieto, un físico dijo a las cuatro de la mañana: –Todo es como si fuera así, pero no es realmente así. Es como una teoría que una vez se expuso, pero que después se llega a recordar de una manera disparatada.

El cine que se hace en Vilis no es muy bueno. Es un cine que se pudiera calificar como chabacano.

Sin embargo, por un extraño patriotismo, la gente de Vilis no deja de ver las películas hechas en Vilis. Ellos no aplauden, por supuesto. Ellos se ponen a hablar en alta voz, o se ponen a chiflar, o sencillamente se orinan en el suelo, pero ellos no dejan de ir al cine donde se pone la película del país.

Asunto de patriotismo, repito.

Y, por cierto, en estos días hay estreno de película de Vilis. Así que voy a contar el argumento para que se vea cómo es la cosa.

Bien, la película empieza con una Computadora que tiene datos comprometedores. Después, como una avioneta sorprende a la Computadora, no queda más remedio que esconderla y echarse a correr después.

En una escena se sale por un pasillo. Todo es arenoso. Color arenoso. Paredes arenosas.

Pero la película empieza a adquirir su definición mejor cuando, en el pasillo, hay un *tropezón* con agentes que saben que la Computadora está ahí.

Hasta que, para ponerle la tapa al pomo, termina la película cuando se sabe que los agentes son bloques de arena.

Eso, pues, fue la película, si es que a eso se le puede llamar película. Por lo que el público, como era de esperar, no sólo se orinó en el suelo, sino que hizo otras cosas peores.

Y el poeta Antilom Pertierra, sumido en profunda melancolía quizá por ser noche oscura, o a lo mejor por estar sentado frente al supuesto río de Vilis, evocó de un tirón a todos sus fantasmas. Después, cuando Antilom regresó a casa, se sentó frente a la Computadora y escribió su experiencia frente al supuesto río. El texto que escribió se titula *Se empieza a ser fantasma cuando...*

SE EMPIEZA A SER FANTASMA CUANDO... – Cuando con una piernia, aparecida en el sueño, uno exagera la pérdida de un lado. Es que, al llegar a la vigilia, se identifica a esta piernia con la voz que dejó de alcanzarnos, o también puede identificársela con aquel ruido que, al perderse, dejó a la calle convertida en mancha. Atroz tiene que ser la visión que resulta de todo esto. Una visión tan atroz que, entonces, no se sabe si hubo o no una despedida, como tampoco se sabe si pudo ser lo que

*alguna vez pareció ser. De todas maneras, cuando se llega hasta esta sospecha, es cuando uno empieza a ser un fantasma de verdad.*

En una carta, el pintor Ramón Alejandro le dice al Constructor de Cajitas: «A veces me pregunto qué extraño, ajeno y lejano modelo yo repito o imito, puesto que yo no creo en la invención individual sino que creo que repetimos modelos culturales»

«Bien, así sí nos entendemos— se dijo el Constructor —. Por eso yo quiero ver si encuentro el extraño modelo, para entonces, después, reducirlo al tamaño de un soldadito de plomo, y meterlo en la cajita.»

DIARIO DEL CONSTRUCTOR DE CAJITAS — *Separamos la imagen particular de la imagen general. Después, por los datos que nos aportan el tacto y la vista, convertimos la imagen particular en un objeto y, con ello, con la práctica de ello, no hay duda de que nuestro apego se puede sutilizar hasta el punto de convertirse en solo deseo por reducir y objetivar. O sea, llegarnos a la absoluta pasión del Constructor de Cajitas. Una pasión que quizá podríamos definir como deseo absorbente por objetivar la imagen particular —la máscara— hasta llegar a convertirla en ente de ficción. O sea, no cejar hasta convertir en pieza de juego a la máscara que nos dolía como realidad. Aunque, claro, este proceso de transformar lo que nos parecía realidad en figuritas del tamaño de los soldaditos de plomo, sólo puede lograrse desde la disolución, o sea, desde la «Gran Duda». Así mismo, así mismo. Hay que llegar a ser «como un idiota, como un imbécil», para entonces, instalado en la «Gran Duda», manipular las imágenes, convertirlas en objeto, e introducirlas en las cajitas.*

Las poetisas de Vilis son demasiado sensibles. Una de ellas, Priciliana Manduley, estuvo al borde del suicidio.

Priciliana, por la noche, se puso a leer a Plutarco.

Después de su lectura, salió hacia la nocturna calle. Ya en la calle una materia grasosa, blanca, y como rellena o disfrazada (sic).

En fin, que la materia podría estar como recubierta, por lo que, detrás de ella, podría haber un ejército.

Por lo que, entonces, Priciliana se dijo: «Me rodea el olvido».

CRITICA DE LECTOR FUTURO — El Lector futuro, la feminista Jesula Monterrey, al acabar de leer lo arriba escrito sobre las poetisas, dijo lo siguiente:

—¡Cojones! No se dice poetisa, sino poeta. Aquí se discrimina a la mujer. Y, además, eso de una Priciliana que se quiere suicidar, no hay duda de que tiene mala leche. Hay que seguir luchando por los Derechos Humanos.

Dijo el Coronel Manrique: — Fue una situación enredada. Por la noche, en un lugar que se parece al Vedado, estuve paseando con la niña Lolita. Pero llegó un momento en que tuvimos que separarnos. Lolita, entonces, subió por una escalera. Yo veía su sayita y me despedí de ella, pero ella no me contestó.

Me despierto gritando. Es que a oscuras, por la noche, en un cuarto del Hotel de Jagüey Grande, alguien me agarró las piernas.

—¿Qué le pasa, Artemio?— interroga el Psiquiatra.

— Mi madre está agonizando. Un primo mío se ha cortado la cara al afeitarse. Hay una gran cocina. Mi madre agoniza en el cuarto de madera de una azotea. Ella está acostada sobre una tarima que está cubierta por un mosquitero. La atienden unos indígenas.

—¿Algo más Artemio?

— Ella está en un poblado indígena. Un indio, con una madera

amarillenta, está construyendo un féretro. Todo es sórdido, todo es pobre. Pero no quiero más...

– Siga, siga, Artemio.

– Pero ahora alguien me dice: «El salivazo como látigo del Sol. Este salivazo cae sobre las manos. Se trata de una población de indios. Su madre está ahí».

Dice el viliense que quería ir a Venezuela:

– La música de una orquesta, tocando en Venezuela. Bailan todos, en la calle. Yo también bailo, mientras me visto en un lugar que está al lado de la Orquesta. Pero, lo curioso de este baile onírico es que, cuando me despierto, compruebo que estoy deprimido.

A manera de un Hai-kai:

Detuvo la carga;  
imprimió, seco, aquel silencio.  
Era lo que ya había visto.

– Aunque estuviera muerto, mañana continuaría viviendo. Aunque, por supuesto, de una manera distinta.

Esto fue lo que Medardo Socarrás le dijo a su familia, el día que los fue a visitar. Pero lo curioso del caso fue que, en el momento de decirlo, miró su piel y, con asombro, comprobó sobre ella una como capa leonada.

Soñé con la poetisa Priciliana Manduley.

Dice el bag boy del Publix: – Como una lepra cubre la parte izquierda de mi pecho, quizá no pueda ir al Super Mercado. La lepra pudiera estar relacionada con mi corazón.

Dice el viliense que quisiera ir a Venezuela:

– En Caracas hay un hotel con un color Pop. Llego a ese

hotel y tomo el Metro en Chacao. No hay vagones, sino una sala de estar. Al salir del Metro, me encuentro con que el hotel se ha incendiado. Y por esto es por lo que no me puedo quedar en Venezuela. En ella no ocupo ningún lugar.

– Tu entrada en el Publix ha sido una verdadera iniciación – le dijo al bag boy, el poeta venezolano Santos López.

Por lo que, después, el bag boy se acordó de esto que dijo Mallarmé: «Aquél, dondequiera que cava su fosa presente, renace».

Por último, le dijo Artemio al Psiquiatra:

– Le hablo a mi madre de lo conveniente que sería viajar. «Creo que al fin no tendríamos miedo», le dije.

Pero mi madre desconfía, y sus ojos son los de una alucinada.

Alguien, en una noche del Castillo, cuenta este cuento de horror:

– Se introdujo, a través de la niña diminuta, la cabeza de una vieja. Después, cuando se sacó la cabeza de la vieja, resultó que ésta sólo era una bola. Era en un sótano donde se entrenaba para el sadismo y para el dolor. Un adolescente se aplastaba contra la columna donde estaba el puñal. Es que ese sótano, donde había una galería consagrada al sadismo, pertenecía al Cine Encanto. Al Cine ubicado en el cabalístico año 1936. Mi miedo estaba en ese lugar.

Un empleado de banco, Osvaldo Perdomo, confiesa que, sin ninguna explicación, lo ha asaltado un nombre: Roberto López Urujuru.

–¿Qué carajo es esto?, ¿quién es ese Urujuru? En Vilis siempre están sucediendo rarezas – dice Osvaldo Perdomo.

HAY UNA ÚLTIMA CANCIÓN – Retirado, confidencialmente, me dijo el viejo camarero que antes, en los grandes banquetes, con sólo probar el hielo de sus hieleras respectivas, podía él cantar las canciones de los países de aquellos clientes que estaban sentados a la mesa. «Por ejemplo» – me dijo –, «llegué a una perfección tal que, en inolvidable ocasión y después de probar el hielo de la mesa de unos bolivianos, al instante empecé a cantar el Himno Nacional de Bolivia. ¡Qué éxito fue aquello, Lorenzo!». Sin embargo, siguió diciéndome el camarero, sucedió que una vez, por probar infructuosamente, varias veces, el hielo de la hielera de unos argentinos (argentinos que, además, habían llegado tarde al banquete), le fue imposible, a él, cantar ningún tango. Y esto, terminó diciéndome el camarero, fue desastroso para él, ya que por la depresión que le produjo su fracaso con el hielo de los argentinos, no le quedó más remedio que jubilarse.

*Pero nunca he sabido el porqué de que el viejo camarero me contara todo esto. Es muy posible que él esté completamente loco.*

Y, para terminar, llego a Cuba. Me paseo, en cueros en pelotas, por los salones del Capitolio.

También me encuentro con Lezama, y me reconcilio con Cintio (quien, por cierto, me pide prestados \$200 pesos).

Por las calles de La Habana hay enormes edificios blancos. Edificios espectrales que parecen como hechos con yeso.

Entro en un café. El café es un lugar largo, y a lo largo de las paredes, puestas en venta, están las lápidas.

También, en el café, hay viejas cubanas de la vieja burguesía, muertas desde hace bastante tiempo.

Me digo, pues, que dentro de una semana regresaré a Vilis, pero que ya tengo ganas de regresar a Vilis, lugar donde, sea como sea, tengo mi habitación.

*Y observación final para comierdas que pudieran escandalizarse:  
– Y es que Cintio nunca le ha pedido prestado nada a nadie, y mucho menos \$200 pesos a mí, pero la literatura es literatura, y nada más.  
Menos mal...*